

SOLO LIBROS / reseñas

SANTIAGO CABRERA HANNA Y LUIS CLAUDIO VILLAFAÑE.
BRASIL-ECUADOR: 175 AÑOS DE HISTORIA. QUITO: EMBAJADA DE BRASIL
EN QUITO / HOMINEM EDITORES, 2019, 106 PP.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n53.2021.2673>

El texto reúne dos estudios que abarcan las relaciones diplomáticas entre Brasil y Ecuador, desde el siglo XIX hasta la actualidad. Estas perspectivas abordan el reconocimiento mutuo, el desarrollo de las soberanías nacionales y la incorporación de la República del Ecuador al contexto internacional. Asimismo, se expone la visión de las relaciones internacionales del Imperio de Brasil con los países limítrofes como Colombia, Perú, Bolivia, Chile y especialmente Ecuador. Esta última perspectiva es analizada por Villafañe, quien permite pensar la figura de embajadores y cancilleres como actor esencial en la consolidación de las relaciones bilaterales entre ambos países y en el reconocimiento internacional. Villafañe expone el alcance de los tratados, las experiencias sobre las tensiones limítrofes y la importancia del uso de mecanismos legales en el fortalecimiento de las relaciones bilaterales.

Además de lo anterior, los estudios analizan prácticas de intercambio y legitimidad territorial, principalmente tratados, guerras, congresos y acuerdos de paz, con el fin de demostrar el fortalecimiento de las relaciones bilaterales entre Brasil y Ecuador. Sin embargo, estos factores son parte de un marco más amplio relacionado con el reconocimiento de las soberanías nacionales, la formación de los Estados y los vínculos internacionales que se tejieron entre ambas entidades. De esta manera, el enfoque de la investigación aborda la historia política del Estado que permite indagar el marco legal en relación con la construcción y edificación de las relaciones internacionales y la política de reconocimiento mutuo. Por un lado, “la realidad nacional vista desde las múltiples soberanías estatales republicanas forjadas en Hispanoamérica, y por otro, la uniforme monarquía portuguesa-americana constituida al calor de las novedades constitucionales” (p. 22).

Las dos investigaciones cuentan con un amplio corpus documental caracterizado por fuentes oficiales de orden institucional, mayoritariamente

cartas, tratados, notas y memorias de cancilleres, comunicados, prensa y legislación de la época. La lectura de las fuentes realizada por los autores no hace énfasis en la mera orientación de la evolución histórica de las relaciones internacionales, sino que cuestiona y examina la coexistencia regional de dos espacios sudamericanos disímiles en sus procesos de conformación de gobierno durante la consolidación de la República y el Imperio. Cabrera Hanna y Villafañe resaltan la importancia de las memorias del embajador Ponte Ribeiro para entender las relaciones y descripciones comerciales, geográficas, étnicas, demográficas y políticas. De acuerdo con los autores, en sus memorias de 1841, Ponte Ribeiro describe las relaciones políticas y los consensos regionales entre las élites políticas y económicas de la Costa y la Sierra ecuatorianas, durante una compleja coyuntura interna.

En concordancia con lo anterior, Cabrera Hanna considera el estudio de estas relaciones dentro del complejo proceso de establecimiento de la soberanía “hacia afuera” de la República del Ecuador. Al hacerlo, propone una periodización para entender el inicio de las relaciones bilaterales entre Ecuador y Brasil. En primer lugar, aborda la época de 1821 a 1830 (p. 22) relacionada con la implementación del reconocimiento de las soberanías locales, las negociaciones políticas, las agregaciones militares y las negociaciones para la delimitación de los territorios de la Amazonía, instaurada a partir de la implementación de los principios legales del *uti possidetis iuris*, que permitieron establecer el trazado territorial nominal de la República de Colombia. Seguidamente, el autor aborda los años de 1830 a 1852, momento en el que se presentó el fortalecimiento de las relaciones imperiales directas con Chile, Bolivia y Perú. Sin embargo, con el Ecuador estas relaciones se entablaron indirectamente a partir de legación peruana comandada por Duarte da Ponte Ribeiro, con el fin de desvanecer cualquier recelo que las repúblicas de la costa pacífica tuviesen con los intereses territoriales imperiales brasileños.

Más adelante, este autor analiza la década de 1860-1870 como un momento crítico de la diplomacia entre el Imperio de Brasil y las Repúblicas del Pacífico debido a la Guerra de la Triple Alianza (Brasil, Uruguay y Argentina) contra el Paraguay y a la instauración del Congreso de las Américas en 1864, convocado por el Gobierno de Perú. Durante la década de 1870-1880, las repúblicas con territorios en la hoya amazónica convergen en la delimitación de sus fronteras, lo cual fue un aspecto primordial en la agenda diplomática ecuatoriana y brasileña hasta 1900. Posteriormente, al concluir las tres primeras décadas del siglo XX, las relaciones bilaterales entre Ecuador y Brasil se estrecharon paulatinamente en función de la necesidad de establecer límites en la compartida región selvática.

Finalmente, Cabrera Hanna aborda los conflictos limítrofes con el Perú y el camino hacia la firma del Acuerdo de Paz entre 1941 y 1998. Este período es-

tuvo marcado por los conflictos territoriales entre Ecuador y Perú debido a los hitos pendientes con la cordillera del Cóndor, llevando a ambos países a confrontaciones bélicas en dos ocasiones: en 1981 con el “Conflicto de Paquisha”, y la “Guerra del Cenepa” en 1995. En esta etapa los autores coinciden en el interés diplomático que tuvo Brasil en mediar en los conflictos entre ambos países.

El estudio de Luis Claudio Villafañe, a su vez, coincide con la cronología expuesta por Cabrera Hanna sobre los procesos que incidieron en el fortalecimiento de las relaciones bilaterales entre Ecuador y Brasil. Sin embargo, el autor nos muestra dos aspectos nuevos: primero, la perspectiva brasileña que nos induce al estudio sistemático de los antecedentes, y la historia y el potencial diplomático y legal de las relaciones entre Brasil y Ecuador, basados en una agenda bilateral fundamentada en áreas como comercio, medioambiente, cooperación, ciencia y tecnología (p. 87). Y segundo, el análisis de la figura de los embajadores y los ministros como actores fundamentales en la consolidación de las relaciones entre ambos Estados. En este punto, Villafañe ejemplifica el tratado secreto del Barón de Río Branco gestionado para afianzar los límites entre Brasil, Ecuador y Perú durante 1904. La gestión de Río Branco evitó enfrentamientos bélicos provocados por la delimitación de las fronteras y colaboró con la pacificación y negociación de las tensiones entre Ecuador y Perú.

Villafañe plantea que las relaciones directas entre Ecuador y el Imperio de Brasil se dieron durante los gobiernos marcistas ecuatorianos y en el reinado del emperador Don Pedro II. Según el autor, a partir de ese momento las relaciones bilaterales se enfocaron en los acuerdos de libre navegación por los ríos del extenso valle amazónico considerado como un espacio promisorio para la explotación de los recursos naturales, el intercambio de bienes y el libre comercio. Posteriormente, en 1861, durante la primera administración de García Moreno (1861-1865), las relaciones diplomáticas se mantuvieron dentro de los objetivos de la delimitación de fronteras con Nueva Granada, Perú y Brasil, con el propósito de demarcar definitivamente los linderos de las soberanías nacionales. Sin embargo, estos espacios geográficos fueron vistos como recursos de negociación de empréstitos internacionales, como parte de la política civilizatoria y como fuente de ingreso económico de la región.

En consecuencia, las relaciones bilaterales entraron en crisis debido a las tensiones bélicas entre Ecuador y Perú, y la aplicación del Protocolo de Río de Janeiro entre 1941 y 1942. En el contexto internacional de la Segunda Guerra Mundial, se sumaba la intensa situación del avance militar del Perú en varias zonas del Oriente del Ecuador. En este período, Cabrera Hanna y Villafañe coinciden en destacar el fortalecimiento de las relaciones bilaterales en la primera mitad del siglo XX con la elevación de categoría de la legación de Brasil en Quito a Embajada de Brasil ante la República del Ecuador, durante 1942. De acuerdo con Villafañe, las implicaciones de la presencia

y respaldo de Brasil permitieron el fortalecimiento de los vínculos económicos, comerciales y culturales de ambos países. Esto generó un llamado a reformular la escritura de la historia nacional enfocándola en los procesos de integración y en la comprensión de la lucha limítrofe por la soberanía nacional. A inicios del siglo XXI, los intercambios bilaterales y conmemoraciones fortalecieron los vínculos de las expresiones bilaterales en función de las rutas de comercio regional.

Para concluir, es pertinente subrayar que el aporte del libro a la historiografía se basa en el estudio de las soberanías y la construcción de los Estados nacionales en la perspectiva de la diplomacia. Por este motivo, el libro sobrepasa la descripción histórica de los sucesos, para sugerir análisis de la retórica legal del reconocimiento mutuo, como requisito fundamental para la implantación de la soberanía nacional en los territorios que permitió otorgar derechos y obligaciones a los gobiernos de turno. Otro elemento novedoso es el análisis de los actores diplomáticos que, a través de consensos, tratados y negociaciones, resolvieron los conflictos para el avance del fortalecimiento de las relaciones bilaterales. Tanto Cabrera Hanna como Villafañe insisten en que las tensiones diplomáticas por el espacio amazónico se pueden abordar en futuras investigaciones. Finalmente, la escritura del libro es parte de los elementos de reafirmación de las relaciones bilaterales entre ambos países; estos vínculos permiten confirmar elementos históricos comunes en su proceso de consolidación como Estados-nación.

Viviana Alejandra Calles Arias
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0002-2813-7928>

XIMENA CARCELÉN, DAVID JARAMILLO, VERÓNICA MUÑOZ, TRINIDAD PÉREZ
Y MARCO ROSERO. *ACADEMIAS Y ARTE EN QUITO, 1849-1930*. QUITO:
CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, 2017, 123 pp.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n53.2021.2893>

La reflexión que se presenta en este libro surgió a partir de la exposición homónima realizada en el Museo de Arte Colonial de Quito en 2017. Se trata de una compilación de cinco artículos escritos por distintos especialistas sobre la institucionalización del arte en la capital ecuatoriana entre mediados del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX, con la excepción del último artículo, que alarga la cronología hasta los años sesenta. De manera general, el libro recoge planteamientos sobre el academicismo, la generación del cam-

po artístico y la cualidad moderna que exhalaban las prácticas de las instituciones artísticas. Se evidencia también la relación entre la Escuela de Bellas Artes (EBA) y la Universidad Central del Ecuador y el afán de introducir la formación artística al sistema universitario del país.

El texto reseñado es una ampliación de las consideraciones presentadas en la exhibición “Academias y Arte en Quito, 1849-1930”. El libro es una adición a la historiografía local desde ese lugar de enunciación específico, ya que profundiza en los ejes narrativos de la exposición y acompaña la argumentación con algunas de las obras de la muestra. De esta manera, el compendio de artículos aporta a la escasa bibliografía existente sobre la formación de artistas en el Ecuador decimonónico y del siglo XX.

Los primeros dos capítulos escritos, respectivamente, por la curadora Ximena Carcelén (“Academias y Arte en Quito. 1849-1930”) y el director de los museos de la Casa de la Cultura, Marco Rosero (“De la Escuela de Artes y Oficios a la Academia y al Arte Moderno”), funcionan como preámbulos a la discusión que se propone posteriormente. En ellos se demuestran las condiciones de posibilidad que explican el estallido de aquellas instituciones preocupadas por la formación artística y artesanal a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Carcelén destaca la atención que los gobiernos del momento le dieron al arte, especialmente los de Francisco Robles (1856-1859), Gabriel García Moreno (1860-1865, 1869-1875), Leonidas Plaza (1901-1905, 1912-1916), Eloy Alfaro (1895-1901, 1906-1911) y Alfredo Baquerizo Moreno (1916-1920). El apoyo estatal también se mostró en la contratación de artistas europeos, algunos de los cuales se convirtieron en profesores de la EBA.

Por su parte, Rosero examina el papel de la educación durante la formación del Estado-nación, momento en el que se dieron los primeros intentos de creación de entidades artísticas. Asimismo, este autor manifiesta que para la época analizada las escuelas de artes y oficios, y las academias de bellas artes en Quito tenían propósitos distintos, aunque solo cita el objetivo de las primeras. Estas se dedicaban a formar mecánica, técnica y estéticamente a obreros artesanales e industriales, mientras que las segundas —según el posterior artículo de Trinidad Pérez— buscaron entrenar a artistas modernos bajo los preceptos de la Ilustración.

Además de lo indicado, Carcelén y Rosero mencionan brevemente los objetos artísticos exhibidos en la exposición que da nombre al libro. Entre lo expuesto se hallaron obras de profesores y alumnos destacados de la EBA, así como materiales didácticos para el aprendizaje artístico que habían sido importados desde Europa. La curadora menciona que las piezas de la exhibición “Academias y Arte en Quito, 1849-1930” son testimonio de arte moderno, aunque, al igual que el resto de los autores del texto, no especifica qué es esto, más allá de señalar que es un nuevo género. Si bien la modernidad

y lo moderno son conceptos en debate, los autores no hacen hincapié en este punto y más bien aluden a la creación de las instituciones artísticas como parte del proyecto nacional moderno. Estos capítulos caen en la tendencia de presentar una historia de causas y efectos, lineal y teleológica en la que se invisibilizan las tensiones propias del campo artístico y las críticas que el modernismo suponía una formación academicista; suceso que en parte cobra sentido dada la escasez de fuentes que se utilizan, lo cual provoca la repetición de discursos clásicos de la historiografía del arte ecuatoriano.

Los siguientes dos apartados abarcan, por una parte, la historia de las escuelas de artes y oficios y academias de bellas artes en Quito en relación con el campo artístico del momento; y por otra, recopilan una revisión de la vida y obra del artista Joaquín Pinto, profesor destacado de la EBA. El primero de los artículos, "Modos de aprender y tecnologías de la creatividad: el establecimiento de la formación artística académica en Quito, 1849-1930", viene de la pluma de Trinidad Pérez, historiadora del arte que participó como curadora en la exhibición ya mencionada; mientras que el segundo artículo llamado "El genio de un artista incomprendido en su tiempo, Joaquín Pinto (1842-1906)" es de la autoría de la restauradora y curadora Verónica Muñoz.

Pérez evidencia los procesos de configuración del campo artístico en relación con la creación de establecimientos de educación artística entre 1849 y 1930. La autora amplía el análisis sobre el academicismo al proponer que dio a luz al campo artístico moderno. Esto se relaciona con el reconocimiento público y apoyo estatal a los nuevos artistas, a la par que se liga con el proyecto moderno de construcción de Estados nacionales, el cual utilizó el arte como parte de su retórica civilizatoria. En el recorrido por la historia del academicismo artístico en Quito, Pérez se enfoca en el establecimiento y funcionamiento del Liceo de Pintura Miguel de Santiago, la Escuela Democrática Miguel de Santiago y la EBA para profundizar en el hecho de que la implantación de academias y escuelas significó un traslado del canon artístico europeo al espacio nacional, lo que implicó a su vez prácticas técnicas como la copia de obras clásicas y la observación de la naturaleza para replicarla. La presencia de profesores extranjeros, así como la importación de materiales artísticos y la concesión de becas al extranjero para artistas, colaboraron con la aplicación de estos métodos académicos.

El artículo de Pérez demuestra una extensa revisión historiográfica, tanto de autores clásicos como contemporáneos. La autora deja ver lo que se ha escrito sobre las academias en Ecuador, al citar las obras de José Gabriel Navarro, Alexandra Kennedy, Cheryl Diane Hartup, entre otras. Además, Pérez debate con el postulado de Kennedy acerca de las razones por las que se creó la Escuela Miguel de Santiago. Para la autora, estos motivos dialogan

entre lo artístico y lo político, no solo con esto último, como considera su colega Kennedy. La autora también secunda la tesis previamente expuesta de Carcelén, en cuanto al apoyo de ciertos gobiernos a la formación artística, especialmente el de García Moreno, quien dio los primeros pasos para la consolidación institucional de actividades artísticas.

Pérez sostiene que el academicismo, sobre todo el de la EBA, generó arte moderno. En un intento por puntualizar cómo se encontraba presente la modernidad en la institución referida, la autora nombra el trabajo de Mireya Salgado y Carmen Corbalán de Celis, *La Escuela de Bellas Artes en el Quito de inicios del siglo XX* (2012), aunque parecería que hizo falta un diálogo mayor con este trabajo con el fin de completar las ideas ya manifestadas por la autora. Por ejemplo, se pudo mencionar que lo moderno, además de la generación de capital cultural específico para los artistas y la diferenciación entre bellas artes y artes industriales —aspectos que bien expone Pérez—, tiene que ver con el adelanto en prácticas artísticas como la litografía, la cual unió el arte con el progreso mecánico. Además, la modernidad también se evidenció en las relaciones que las instituciones artísticas tenían con los medios escritos modernos como la prensa.

El artículo de Muñoz en el que se aborda la producción artística de Pinto, muestra un artista multifacético, autodidacta y bastante formal en su pintura. Estas premisas interactúan apropiadamente con las obras seleccionadas para el libro. Sobre el trabajo de este pintor, Muñoz menciona que el personaje recibió encargos de pinturas religiosas, así como arqueológicas y científicas. Acerca de su papel en la EBA solamente se manifiesta que fue uno de sus profesores, y a pesar de que el autor del capítulo no hace uso de una historiografía variada, realiza un importante estudio de las obras de Pinto, al tiempo que apuesta por una suerte de historia intelectual al rastrear los libros que el artista leyó para así determinar ciertos rasgos de su pintura.

Finalmente, el apartado escrito por el investigador David Jaramillo, llamado “Las dos Facultades de Artes. Antecedentes y un breve relato de los primeros momentos de la Facultad de Artes de la Universidad Central del Ecuador a 50 años de su fundación”, se enfoca en los diversos momentos que atravesaron las facultades de Arte en dicha institución. Asimismo, entrelaza dichos cambios con el campo artístico de 1950-1960, época en la que se produjo un distanciamiento del indigenismo para acoger tendencias más vanguardistas. La Facultad de Artes nació en 1968 con el propósito de sustituir a la EBA y al Conservatorio Nacional, esto debido a que se pretendió incorporar programas artísticos a la educación universitaria del país. La facultad buscó diferenciarse de estas entidades en dos aspectos: el primero, formar artistas profesionales, y el segundo, funcionar como institución superior para quienes habían salido de establecimientos artísticos menores como

escuelas y academias. Sin embargo, este proceso no sucedió sin tensiones y rupturas internas, las cuales Jaramillo enuncia con claridad.

En conclusión, los autores concuerdan en que el contexto decimonónico europeo inspiró la creación de los distintos establecimientos educativos artísticos, situación que dio paso a la configuración de un campo de arte moderno en la capital. Sin embargo, hace falta una aclaración con respecto a lo que se entiende por moderno tanto en el arte como en el contexto abordado, pues si bien este concepto es, en sí mismo, un debate en marcha y el academicismo artístico es un tema aún por explorar, se podría establecer con más precisión a qué se refieren los autores al hablar de la modernidad y lo moderno. Por último, vale rescatar la utilización de diversas fuentes primarias y secundarias en la mayoría de los artículos, así como el uso oportuno de las imágenes a lo largo del texto. El libro aporta a una historiografía en construcción y constituye una lectura sugerente para aquellos interesados en conocer las facetas de las escuelas y academias de arte ecuatorianas.

Doménica Sotomayor
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0001-5563-5386>

MANUEL CARRASCO. *LA HACIENDA AZUAYA Y OTROS TEMAS DE NUESTRA HISTORIA REGIONAL*. CUENCA: CÁTEDRA ABIERTA DE CUENCA Y SU REGIÓN, 2020, 231 pp.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n53.2021.2811>

Manuel Carrasco Vintimilla estudia la hacienda azuaya junto con otros temas de historia de Cuenca desde el siglo XVI al XX. Su obra combina de manera amena estudios de caso con experiencias personales y recurre a documentos inéditos de su archivo privado, como expedientes de compra-venta de tierras de la familia Coronel Mora. El libro está compuesto por 231 páginas y dividido en tres secciones: la primera (pp. 15-80) aborda la conformación y consolidación de la hacienda en el Azuay en la larga duración a partir del período colonial hasta la fase republicana; la segunda (pp. 81-134) analiza episodios de mediana duración que se acentúan principalmente en la época republicana, como la Revolución Liberal y la resistencia conservadora-progresista en Cuenca (1895-1906), y la tercera (pp. 135-218) abarca varios asuntos a manera de episodios de “corta duración”, como la conformación del barrio de las herrerías, la fundación de la Universidad de Cuenca, entre otros. La publicación forma parte de los estudios realizados por Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su región de la Universidad de Cuenca, es resultado de

varios estudios sobre las denominadas “haciendas de paso”, en la región del Azuay y también se inserta en el discusión de la comprensión de la hacienda colonial, para lo cual dialoga con autores como Poloni-Simard, Susan Ramírez, Juan Chacón Zhapan, entre otros, para ofrecer una definición propia de las implicaciones de estas unidades productivas.

El autor propone que la composición de la hacienda colonial temprana se caracterizó por la concesión de tierras mediante el sistema de mercedes; luego en la Colonia tardía, esta unidad productiva se consolidó a partir de la composición de tierras mediante la legalización de propiedades y compensación financiera. Para ilustrar estos procesos, el autor recurre al caso de las adquisiciones de María Isabel Coronel de Mora, hacendada cuencana, heredera de propiedades de los Coronel Mora desde el siglo XVI y propietaria de “El Paso”, predio ubicado en la región del Azuay. En el análisis sostiene que los terratenientes coloniales, para asegurar sus derechos sobre la propiedad, negociaron con las autoridades coloniales para obtener la posesión definitiva de sus predios, lo que desembocó en egresos de sus haberes e ingresos fiscales.

Un aspecto que destaca el autor en el contexto colonial es el “hambre de tierras”, concepto tomado de autores como Poloni-Simard y que refiere a una dinámica que daba lugar a un gran número de concesiones desiguales de mercedes de tierras a un puñado de terratenientes, lo cual les confirió poder y prestigio social.¹ También este aspecto configuró en el Austro un paisaje urbano-rural y afectó también a la Iglesia y a los grupos indígenas. Carrasco, en estas propuestas, abre nuevas líneas de investigación que deben ser abordadas con respecto a la participación y efectos que produjo el “hambre de tierras” alrededor de estos últimos actores.

Con respecto a la historia republicana de la hacienda, el autor enfatiza que cumplió una importante función en las operaciones de extracción de la quina o cascarilla, lo cual involucró a trabajadores como huasipungos, jornaleros y mano de obra contratada; en consecuencia, se motivó una importante ola migratoria. Décadas más tarde, con la llegada de la reforma agraria en la década de los años sesenta, según el autor se inició un período de decadencia de las unidades de producción y estancamiento de actividades como agricultura y manufactura artesanal que se extiende hasta la modernización. Finalmente, Carrasco defiende los beneficios de la propiedad agrícola media, una propuesta utópica y posible solamente con una reforma agraria más extendida y colaboración cooperativa de los dueños de las fincas.

1. Jacques Poloni-Simard, *El mosaico indígena: movilidad y estratificación social y mestizaje en el corregimiento de Cuenca, Ecuador, del siglo XVI al XVII* (Quito: Instituto Francés de Estudios Andinos / Abya-Yala, 2006).

Los estudios de caso de mediana duración en la obra de Manuel Carrasco conforman un capítulo que comprende de las páginas 81 a 134 y se destaca por la variedad de temas interesantes, correspondientes a la época republicana, que no necesariamente se vinculan con el tema de la hacienda. Entre los temas se puede destacar el caso de la resistencia conservadora-progresista de Cuenca, en el que el autor expone las escaramuzas que se desencadenaron como la “batalla de Girón” en 1895 y un año más tarde la “batalla de Cuenca”, en las localidades de Balzay y el Cebollar en la región del Azuay. Ambas se saldaron con cientos de víctimas, la derrota de la facción conservadora y la captura del coronel Antonio Vega Muñoz (líder de la resistencia conservadora-progresista). En 1906, se produjo en el Austro una nueva sublevación armada contraria a los principios de la Constitución liberal promulgada en estos años y fue nuevamente dirigida por el coronel Vega Muñoz, no obstante, fracasó su campaña y fue tomado prisionero. Finalmente, cuando es llevado desde la hacienda de Ayancay (ubicada en la actual provincia de Cañar) hasta Cuenca se produce su muerte, que según la versión oficial se trató de un suicidio, lo cual fue condenado por la familia Vega Muñoz, quienes atribuyeron su muerte a un asesinato orquestado por el Gobierno central. En este tema Carrasco propone que la muerte del coronel Vega se produjo en un contexto político de confrontación entre dos posturas claramente contrarias y que todo dependerá del tipo de interpretación que se realice de los hechos.

Otro episodio de mediana duración lo constituye la explotación y exportación de la cascarilla en los siglos XIX y XX en la región del Azuay, elemento configurador de la historia de la hacienda y de la economía de la región. Carrasco propone una alternativa para estudiar la economía de la quina en el Azuay durante el lapso de 1850 y 1885, etapa definida por algunos historiadores como “segundo período”, que a su vez marcó el inicio de la exportación de sombreros de paja toquilla. El autor plantea que la explotación de la planta se extiende más allá de 1885 por el interés económico de ciertas familias de la región. Carrasco así nos invita a reflexionar sobre la flexibilidad de las fechas respecto a los períodos establecidos, e inclusive su obra nos ofrece una revisión de las especies más utilizadas de la cascarilla y comparte una descripción basada en sus “memorias” de la recolección de este recurso en las últimas décadas del siglo XX en la región de Zamora.

La historia de “corta duración” que comprende las páginas 135 a 218 en la obra de Carrasco abarca otros temas de interés para la historia de Cuenca, que incluyen algunas remembranzas del autor. Se abarca temas como la temporada de lluvias en Cuenca por el mes de abril, la creación de algunas plazas en la ciudad, las fiestas con expresiones religiosas como la fiesta de la Virgen de las Mercedes, entre otros. Finalmente, el autor destaca el proceso de fundación

de la Universidad de Cuenca, que culminó con su inicio entre 1867 y 1868; aquí propone que entre los personajes centrales de la conformación de este centro educativo destacó la figura de Benigno Malo Valdivieso, intelectual y político cuencano que fue elegido como primer rector de esta institución.

En conclusión, la obra de Carrasco tiene una narrativa sencilla, sin descuidar los aspectos teóricos y críticos. Son importantes las fuentes a las que recurre el autor y el esfuerzo por detallar minuciosamente cada uno de los aspectos que definieron la hacienda desde sus inicios. Inclusive, se detiene en explicar de manera más clara ciertos conceptos que pueden ser complejos, por lo tanto, el texto no necesariamente se encierra en el espacio académico, sino que también puede ser leído por el público en general. Sería recomendable explicar mejor en qué condiciones se utilizó cierta terminología como “hacienda azuaya” y ampliar la descripción de ciertas familias y espacios que se mencionan a lo largo de la obra para mejorar los nexos entre capítulos y que el lector pueda entender mejor ciertos episodios del estudio. Así como también sería importante que el autor considere las propuestas de Galo Ramón Valarezo² para explorar la historia de las luchas campesinas durante el siglo XIX, lo cual podría enriquecer el impacto de la expansión de la hacienda sobre los territorios comunales indígenas para el caso del Azuay.

David Sánchez Ramírez
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0002-6577-1418>

JUAN MULLO SANDOVAL. *EL VALS Y LAS DANZAS REPUBLICANAS IBEROAMERICANAS*.
QUITO: INSTITUTO IBEROAMERICANO DEL PATRIMONIO NATURAL Y CULTURAL
DE LA ORGANIZACIÓN DEL CONVENIO ANDRÉS BELLO, 2015, 146 pp.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n53.2021.2725>

Juan Mullo abre un nuevo espacio de diálogo sobre la relación entre la música y la danza, como elementos estéticos, recreativos y simbólicos, activos desde los procesos independentistas del siglo XVIII hasta la consolidación republicana de la primera mitad del siglo XX. Para alcanzar este objetivo, el autor conecta permanentemente su análisis con relatos de viajeros, archivos musicales de varias ciudades, aportes de investigaciones realizadas por otros autores y la historia oral. Pese a que el título alude a Iberoamérica,

2. Galo Ramón, *La resistencia andina: Cayambe 1500-1800* (Quito: CAAP, 1987); Segundo Moreno, *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito. Desde comienzos del siglo XVII hasta finales de la Colonia* (Quito: Ediciones de la Universidad Católica, 1976).

el estudio se enfoca capitalmente en Ecuador, donde los ritmos europeos fueron los predilectos en los bailes de las clases altas que miraban con recelo los ritmos locales.

Además de la novedad del tema que aborda el estudio, antes señalado de manera preliminar y por períodos temporales cortos, uno de los principales logros del trabajo es el vasto estado del arte que desarrolla el autor para estudios futuros, mismo que incluye las aproximaciones realizadas por Juan Agustín Guerrero en la segunda mitad del siglo XIX, los planteamientos de Segundo Luis Moreno, Luis Humberto Salgado en el siglo XX y las investigaciones contemporáneas de Gerardo Guevara, Guido Garay, Pablo Guerrero y Wilman Ordóñez. El autor no inscribe su trabajo en una línea de producción historiográfica específica, empero, su permanente referencia a otros investigadores nos conecta con los principales representantes de la historia de la música, la musicología y la etnomusicología ecuatoriana.

La obra corresponde al tercer ejemplar de la serie “Patrimonio Vivo Compartido” del Instituto Iberoamericano del Patrimonio Natural y Cultural de la Organización del Convenio Andrés Bello, publicado con el objetivo de “sensibilizar el carácter vivo y dinámico del Patrimonio Cultural Inmaterial, expresado en los sujetos y manifestaciones culturales de la región Iberoamericana” (p. 5). El libro, compuesto de cuatro capítulos, está organizado cronológicamente: el contexto poscolonial y republicano se aborda en los dos primeros capítulos (pp. 6-94), el tercero estudia las identidades en la conformación de géneros nacionales en Ecuador (pp. 96-124) y concluye con un capítulo de análisis coreográfico/musical del pasillo (pp. 126-146).

La falta de una introducción general que presente los objetivos, conceptos, metodología y fuentes consultadas, dificulta en primera instancia el acercamiento a la obra como un todo armónico. No obstante, el trabajo arranca con la “criollización” de la música y la danza en el contexto poscolonial, donde el autor plantea la tesis de formación de una nacionalidad ecuatoriana criolla.

La propuesta permite observar los matices sociales y culturales de la época, pues, mientras los sectores populares celebraban las gestas libertarias con expresiones dancísticas y musicales soberanas, como los fandangos, las burguesías locales conformaron —en manifestaciones culturales como los bailes de salón o los repertorios de las bandas militares— un proyecto cultural contradictorio, que fomentaba discursos republicanos autónomos, a la par que impulsaba valores europeizados (pp. 31-36). De esta manera, la presencia de obras compuestas por encargo (marchas, himnos y canciones patrióticas con mensajes autonomistas) generaron sentimientos políticos transformativos en la sociedad y dieron lugar a la inclusión de formas dancísticas fundamentalmente apegadas a la estética europea, pero con una

ligera influencia de melodías andinas, ritmos africanos y métricas hispanas; concordando con lo que Mullo identifica como los primeros rasgos de “mezclaje musical”.

A inicios del siglo XIX, la banda de música y el piano dominan el escenario sonoro de las ciudades independizadas que bailaban y cantaban con el sonido de guitarras, arpas, castañuelas, mandolinas y violines. A mediados del siglo, las danzas latinoamericanas comienzan a darle mayor identidad a la cultura regional y el criollaje de estos dio lugar al desarrollo de varios géneros que, a la postre, se denominaron nacionales. Esta apropiación de ritmos, bailes y danzas, —con influencia de la periodización sugerida por Enrique Ayala Mora— Mullo la clasifica en dos: a) un proyecto nacional criollo en la etapa republicana temprana, donde por “criollización”, los géneros clásicos europeos se sincretizaron con los aportes locales en polkas, vales criollos, pasillos, contradanzas y jotas, y b) un proyecto nacional mestizo de la cultura popular que propone la “yaravización”, “pentafonización”, “kitchwización andina”, identificada como “música nacional” (p. 49).

En las últimas décadas del siglo XIX, Quito y Guayaquil se volvieron mercados culturales dinámicos para la circulación de producciones musicales y literarias en todos los niveles sociales. Los burdeles, bulevares, bares y cafés empezaron a ser lugares frecuentados por las clases medias, al igual que escenarios en ascenso como la plaza Belmonte o el American Park. De ahí que el autor enmarque temporalmente en la primera mitad del siglo XX la confluencia de las tendencias artísticas nacionalistas en Ecuador.

Para Mullo, en el primer cuarto del siglo XX se define la estética barroca del siglo XIX en los fandangos, la cultura terrateniente del salón burgués que exaltó el pasodoble, el vals y la cuadrilla; y los bailes populares que llegaron desde México y Argentina a través de la radio, el cine, los clubes, las academias y los rollos de pianola. Por eso, Mullo sitúa en la década de 1930 el surgimiento de danzas nacionales con influencias del contexto latinoamericano posindependentista, indígena, hispano-occidental y los frutos de la cultura del crack norteamericano como el *shimmy*, el *one step* o el *fox trot* (p. 66). El autor advierte que, gracias al uso social del baile y el imaginario mestizo de la cultura popular, ritmos como el pasillo o el vals fueron esferas para la formación de bailes nacionales y propone que el mestizaje de las danzas republicanas del país se conformó en la interrelación de varias culturas que produjeron su contraparte local. Según las fuentes expuestas, este proceso se consolidó con la formación de un amplio repertorio de géneros y estilos locales, como la jota-tonada, el pasillo costeño y serrano, el vals criollo, la polka montuvia y otros.

Producto de este encuentro multidimensional, la pianola y posteriormente los discos se convirtieron en recursos fundamentales para la difusión del trabajo de compositores nacionales en la década de 1930, donde marcas

locales fueron motores centrales en la creación de pasillos, vals criollos, entre otros ritmos populares en la época. Entre 1940 y 1950, entraron en apogeo los formatos orquestales de baile y las típicas formaron parte del acompañamiento solicitado para las presentaciones de varios de los cantantes más importantes de la época: Carlota Jaramillo, las Hnas. Mendoza Suasti, Luis Alberto Valencia, Julio Jaramillo, entre otros personajes, que incluyeron tangos y rancheras en sus repertorios.

La injerencia de los ritmos argentinos y mexicanos devino en la composición de nuevas canciones y el surgimiento de sonoridades distintas. Por ejemplo, el chigualo y el amorfino —expresiones nacidas en el interior de las festividades montuvias para la interacción de las parejas por medio del baile— con la migración a la ciudad en un contexto de desigualdad social, se acercaron más a representaciones cercanas a la música de rocola y la estética de las cantinas. Así, desde la añoranza y la admiración a las ciudades ecuatorianas, se compusieron varios himnos populares en ritmo de pasacalle con miras a exaltar las identidades locales.

Ya en la década de 1970, el vals, el pasillo y el bolero rocolero se convirtieron en la representación sonora de subalternidad, esencialmente en las ciudades costeñas como Guayaquil, donde la inversión corporativa y empresarial en los mercados culturales locales asumió al sentimentalismo como uno de los elementos base de las nuevas identidades. La música rocolera y la hibridación de los ritmos nacionales con lo tecno, dieron lugar al desarrollo de la tecnocumbia en los sectores populares de los principales polos económicos del país, abriendo el espectro a nuevas formas de identidad.

El mestizaje musical y la criollización cultural son los pilares fundamentales en la narrativa de la obra, en la que permanentemente el autor sostiene la polisemia de ritmos como el vals, el pasillo o la contradanza que, a pesar de sus orígenes europeos, provocaron el nacimiento de canciones patrióticas y aires nacionales. Lastimosamente, la ausencia de un marco conceptual definido fortalece la concepción tradicional de una nación inherente a la formación política del Ecuador, marginando los matices regionales o el diálogo cultural de los personajes locales con los procesos internacionales.

Un elemento a destacar en el trabajo de Mullo es que evidencia el rol que jugó la música y las danzas criollas con los procesos de diferenciación social y cultural, pues, aunque no profundiza en ese planteamiento, su referencia al pasillo y al vals como bailes de salón criollos con rasgos aristocráticos y su injerencia en la identidad en formación, se conecta con el trabajo desarrollado por Ketty Wong, hace varios años.¹ Queda pendiente un estudio que

1. Ketty Wong Cruz, *La música nacional. Identidad, mestizaje y migración en el Ecuador* (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, 2013).

reflexione acerca de la situación cultural del país con el contexto regional, en medio de una época de transformaciones sociopolíticas en el continente, que permita comprender a la danza y la música como fenómenos multidimensionales.

El acercamiento a la música y la danza, como expresiones sociales influenciadas por las condiciones económicas y políticas de producción, convierten a este libro en un texto significativo para estudiar el pasado desde una visión crítica. El legado de Mullo se entreteje con las nuevas producciones de Jannet Alvarado sobre los bailes de salón en Cuenca y los debates actuales respecto al pasillo. Como nuevas generaciones de investigadores, todavía tenemos mucho por indagar respecto a la historia musical de la región, pero, sin duda, este trabajo es una invitación constante a pensar las manifestaciones artísticas como elementos fundamentales dentro de las dinámicas sociedades.

Rossi Godoy Estévez

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

Quito, Ecuador

<https://orcid.org/0000-0001-7798-7972>

RAÚL ZHINGRE. *LA PARTICIPACIÓN CONSERVADORA EN ALIANZA DEMOCRÁTICA ECUATORIANA 1943-1944*. SERIE MAGÍSTER. VOL. 191. QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR / CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2015, 86 pp.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n53.2021.2719>

En 2015, Raúl Zhingre alcanzó el título de Magíster en Historia por la Universidad Andina Simón Bolívar, con una tesis de investigación que mereció su publicación en la Serie Magíster.* A partir de un detallado recorrido histórico, *La participación conservadora en Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE) 1943-1944* ofrece una reflexión inédita de las alianzas de un frágil Partido Conservador que adaptó políticas populares a su plan de trabajo, con el fin de reestructurarse como organismo político central. En un marco de crisis nacional e integración partidista (ADE), el autor utiliza una serie de fuentes primarias provenientes del Partido Conservador como correspondencias privadas, volantes, manifiestos partidarios, programas de gobierno, periódicos, entre otras. Dichas fuentes revelan un discurso hilador de las

* Serie Magíster es una colección de libros de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, que publica tesis relevantes de los diversos programas de maestría. La publicación de Raúl Zhingre corresponde al volumen 191.

acciones conservadoras y católicas, con el afán de llenar un vacío historio-gráfico político en el Ecuador.

La obra se inscribe en un marco de crisis nacional política, entre 1940 y 1945, causada por los estragos de guerra contra el Perú (1941), la firma del Protocolo de Río de Janeiro, el proceso de secularización y el régimen liberal de Carlos Arroyo del Río. Estos aspectos incentivaron la aglutinación de varios sectores políticos por una reforma democrática y la preocupación por la pérdida de los valores patrióticos, nacionales y católicos. Como resultado se consolidó la Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE), cuyo objetivo se centró en la reestructuración de los valores cívicos y morales del país. Bajo esta premisa contextual, Raúl Zhingre rescata la visión del conservadorismo como protagonista de ADE, a partir de tres capítulos que analizan la posición conservadora en la coyuntura y los antecedentes, su componente conservador y la constitución de la alianza y, finalmente, la participación conservadora en dicho programa.

En el primer capítulo sitúa al lector en el Gobierno de Arroyo del Río, las características del contexto militar y territorial y las condiciones que dan pie a la construcción de alianzas estratégicas entre grupos de poder (pp. 23-44). El segundo capítulo lo dedica a la constitución de la alianza y a los elementos conservadores que intervinieron en la propuesta de ADE (pp. 45-64). Implementa un tercer capítulo para interpretar la participación, características e impacto del conservadorismo en el programa de ADE (pp. 65-74). Durante este trayecto, dialoga con estudios que reflexionan en torno a conceptos de clase y populismo, y que implementen discusiones sobre estrategias de la izquierda. Principalmente con *La seducción velasquista* de Carlos de la Torre, un análisis del discurso populista que destaca lenguajes de reforma moral conservadora en la coyuntura de 1940, pero que no profundiza en los propios intereses políticos conservadores de ADE. Es decir, Raúl Zhingre enfatiza en la historia política, a partir del análisis de la apropiación, movilización e intereses políticos de los conservadores en ADE y en el contexto público.

La reflexión se centra en visibilizar los caminos estratégicos tomados por el conservadorismo para fortalecer sus bases políticas. A partir del posicionamiento de un discurso moral, cívico y sobre todo religioso que pretendía reestablecer un Estado confesional, Zhingre divisa la capacidad movilizadora del discurso católico como motor de una maniobra conservadora para derrocar del poder a los liberales, cuyo fin fue poner en vigencia las instituciones democráticas burguesas, reconstruir el espacio de participación de los terratenientes y resignificar la percepción del sufragio. Por lo tanto, la presente reseña se concentrará en la convergencia entre Iglesia y conservadorismo como entes posicionadores de una identidad nacional ecuatoriana, fortalecida por la devoción a la Virgen María. Además de un acercamiento a

un discurso conservador ambiguo sobre la problematización de la lucha de clases.

El interés de esta propuesta radica en el examen de los elementos y los objetivos del Partido Conservador, debido a que la mayoría de las investigaciones sobre la política de ADE se suscriben en una línea historiográfica de la política de la izquierda o liberal. La visión desde el Partido Conservador en este momento de convergencia de partidos políticos rivales no ha tenido un espacio de reflexión amplia. Pese a ser importante para comprender la naturaleza de la revolución que derrocó a Arroyo del Río, y otras actividades religiosas que se mantienen hasta la actualidad, como la peregrinación de la Virgen del Quinche. Dinámicas implementadas para concretar un proyecto político conservador, cuyo resultado no fracturó el sistema, sino que, por el contrario, demostró la capacidad de las clases dominantes de liderar un proceso de transformaciones capitalistas.

La convergencia entre Iglesia y Estado desde un referente partidista es un aporte significativo, debido a que, sobre la base de un discurso conservador, moralista y católico, se cimentaron las bases del discurso sobre el buen ciudadano, el buen católico, y le dotaron de un sentido de pertenencia e identidad al ecuatoriano. Por lo tanto, Zhingre descubre que el proyecto de la solidificación de la nación se identificó con los intereses de la Iglesia, en convenio con los de la burguesía en clave demócrata cristiana. Fue impulsada por un Partido Conservador que acertó en tomar de la Iglesia el discurso catalizador de la fe y la moralidad para utilizarlo en oposición a toda actividad revolucionaria o relacionada con la lucha de clases y las izquierdas.

De esta manera, se explican las formas a través de las cuales el discurso de la Iglesia se convirtió en un movilizador de masas, especialmente vinculado a la educación católica; y facilitó la ejecución de estrategias de persuasión del conservadorismo para instaurar regímenes de control legítimos. En este sentido, el texto dialoga con el artículo de Gioconda Herrera sobre la Virgen de La Dolorosa a inicios del siglo XX.¹ Ambos trabajos discuten la influencia del discurso católico, que enfatiza la representación de la madre de Jesús como un símbolo de identidad para el ciudadano ecuatoriano. A partir del posicionamiento de la virgen como protectora de la patria, se forjó un vínculo entre la madre y los hijos de la patria, lo que resultó una metáfora de unión nacional. Zhingre divisa a este símbolo maternal en las peregrinaciones de devoción a la Virgen del Quinche. Fue una estrategia conservadora para adherirse activamente a ADE.

1. Gioconda Herrera, "La Virgen de La Dolorosa y la lucha por el control de la socialización de las nuevas generaciones en el Ecuador del 1900", *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 28, n.º 3 (1999): 387-400.

El aprovechamiento del significado del Congreso Mariano sirvió para la articulación cultural religiosa con la sociedad, que anteriormente ya se había utilizado como recurso político en el caso del milagro de la Virgen Dolorosa.² El culto mariano, en ambos casos, sirvió de estrategia para posicionar un proyecto de control social en medio de una coyuntura separatista y laica, en manos del conservadorismo.

Zhingre muestra que la peregrinación de la Virgen del Quinche en Quito provocó una explosión de fe que enfatizó el deseo de cambio de los pobladores frente a la crisis nacional. De manera que el discurso político religioso, teológico, del conservadorismo se expandió y fortaleció al partido. A esto se suma el debilitamiento del Congreso Obrero Socialista y la realización del Congreso Mariano, cuyos procesos son detallados meritoriamente por Zhingre en su segundo capítulo (pp. 45-65).

También el autor ubica el refuerzo de la identidad ecuatoriana desde el catolicismo para promover las ideas en torno al sufragio. Es decir, imponer la obligatoriedad del voto como un mandato divino. Este hecho impulsó la convocatoria a instaurar un Estado democrático respaldado por cada ecuatoriano, cuyo deber católico y cívico era el voto. Este elemento implementado por el Partido Conservador sirvió de apoyo para su triunfo en la revolución del 28 de mayo de 1944, conocida como la Gloriosa.³

El autor atisba la forma en que el partido Conservador tuvo que adaptarse a ciertas medidas populares, con el fin de encajar y persuadir al resto de aliados. Los conservadores y las encíclicas papales colocaron a la lucha de clases y las medidas populares como elementos que atentaban a la existencia de la nación. Pero, al momento de la consolidación de ADE, el mismo Partido Conservador adaptó componentes populares y de clase como parte de su

2. Herrera propone el caso del milagro de La Dolorosa como una apropiación de la Iglesia católica para legitimar un discurso sobre el perjuicio que traía a la sociedad las supuestas acciones desmoralizadoras y seculares liberales. Es decir, se muestra como discurso conservador que evidencia una respuesta negativa de lo divino frente al alejamiento que producía la desvinculación con la religiosidad.

3. El autor dialoga con los textos de Hernán Ibarra, *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)* (Quito: Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, 2013); Luis Maldonado Tamayo, ed., *Traición a la democracia en el Ecuador* (Quito: s. r., 1947); Sergio Enrique Girón, *La revolución de mayo (1945)* (Quito: Atahualpa, 1945); José Aurelio Naranjo, *Verdades sobre la revolución de mayo. El Batallón de infantería "Carchi" en la gloriosa efeméride del 28 y 29 de mayo de 1944 en Guayaquil* (Quito: Escuela Técnica, 1945); Manuel Agustín Aguirre, "Breves memorias sobre la Revolución del 28 de mayo de 1944", en *El 28 de mayo de 1944: Testimonios*, ed. por Elías Muñoz Vicuña (Guayaquil: Universidad de Guayaquil, 1984), 213-235; Edison Egas, *El 28 de mayo de 1944. La Gloriosa o la revolución traicionada y la Constitución de 1945* (Quito: Universidad Central del Ecuador, 1992).

programa. Cambió el lenguaje clasista por uno moralista, concilió propuestas con los socialistas y, finalmente, participó en una revolución para dar fin al liberalismo en el poder. La conceptualización de clase se transforma y adapta a las circunstancias conforme avanza la alternativa pactista. Por ejemplo, las resoluciones de las asambleas conservadoras planteaban como eje central la oposición a la lucha de clases, puesto que atentaba a la existencia de la nación; sin embargo, Jacinto Jijón y Caamaño, director del Partido Conservador de 1925, planteó una concepción distinta sobre las clases sociales y su lucha, y la propuso como un lugar de concordia, que beneficiara los intereses del partido, en lugar de ponerlos en contra.

Esta reflexión es importante para abrir un debate sobre el rol del conservadorismo en la década de 1940 sobre su aptitud e impulsos, cuyas interpretaciones, como la de Silvia Vega en *La Gloriosa* (1986) lo han determinado como un partido impreciso, movilizado solamente por su condición de clase, mientras que el argumento de Raúl Zhingre evidencia la capacidad de las clases dominantes de liderar un proceso de transformaciones capitalistas. En realidad, en este contexto los conservadores sí representaban a un movimiento débil con pocas posibilidades de retomar el poder político; no obstante, fueron la estrategia de vínculo Iglesia-Estado y el liderazgo de un discurso religioso y autoritario en pro de la integración nacional que los posicionó en ADE.

Finalmente, es importante destacar que la estructura de cada capítulo crea un hilo conductor que relaciona con solvencia la participación conservadora antes y durante el período de ADE, y los procesos políticos que giran en torno a esta alianza: las cuatro etapas previas a la conformación de ADE, la periodización de Carlos Arroyo del Río y los elementos conservadores de la misma alianza. Esta propuesta de Zhingre sirve de antecedente para ampliar las reflexiones en torno a los símbolos religiosos como movilizadores de un sentimiento patriótico que cimienta las bases de la unidad nacional, y que posiciona la identidad nacional sobre el culto a la Virgen María, o que son utilizados por partidos políticos como métodos de control y legitimación. Asimismo, Zhingre indaga en las raíces conservadoras tanto en la coyuntura de la época como en el programa de ADE, y abre líneas de investigación para ampliar los estudios en torno a la participación política del Partido Conservador en Ecuador.

Ana Karen Rodríguez
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0003-0167-2493>